

guo régimen, sus derechos, y sus privilegios, que no dejan consolidarse, sobre una base estable, la dicha de la patria, y la fuerza del trono constitucional.



§ III. Reflexiones sobre la asamblea constituyente. — Conferencias de Pilnitz. — Estado de la Francia y de la Europa á fines de 1791.

Los enemigos de la libertad conservan su odio exclusivamente, á la asamblea constituyente, y la consideran como el unico autor de la revolucion, atribuyendola todos los crimines; sin embargo no presenta, á caso, la historia un cuadro mas hermoso, que el de los talentos, virtudes, y puras intenciones de esta ilustre asamblea. No hay duda,

que hubo faltas mientras existió; pero estas estaban en la naturaleza de las cosas, y la admirable mayoria de esta reunion nacional, supo preservar de un inmenso número de escollos, contra los que no hubiera sido extraño, que se hubiese estrellado. Convocado por el mismo rey, aun que imperfectamente organizada, veía en sus manos los destinos de la Francia. Los parlamentos, debiles é interesados, eran en aquel tiempo, los solos apoyos de la libertad nacional. La posicion de los nuevos legisladores fué tal, que era necesario, ó fundar una constitucion liberal, y monarquica, ó ceder, por respetos vergonzosos, á los deseos del poder, autorizando con los votos de una representacion nacional, la tirania ministerial, y parlamentaria. Llamada á arreglar los

destinos de la Francia, la asamblea nacional no podia tomar sino entre dos partidos; hacer reconocer á pesar de la resistencia de los privilegiados, los derechos de todos los Franceses, ó huir del peligro, abandonando la causa de sus delegantes. Reuniendo los órdenes, despues de haber rebatido la declaracion de 23 de junio, desempeñó el noble encargo, que se le habia confiado, é hizo su deber, enteramente, sin haberse excedido. Muy pronto viéron peligros reales, que amenazaban sus cabezas; y su firmeza los destruyó, desde que su valor supo despreciarlos. Esta fué la asamblea nacional en su principio. Convento en que, acaso, poco despues fué algo exagerada en sus proyectos de organizacion popular, y en que, acaso, hubiera podido sacar, partido de los

elementos, de que se componia el antiguo órden social, en lugar de derribarlos, para réedificar un órden nuevo; pero, rodeada por todas partes de resistencias intempestivas, y fanaticas, abandonada, y, aun, amenazada por órdenes superiores, del rey, y la corte, le era preciso sucumbir, ó apoyarse, exclusivamente, sobre la fuerza popular. Efectivamente, convencida de esta verdad se arrojó á cuerpo perdido, aunque algunas veces, con pena, entre los brazos de sus unicos defensores, y si los hubiese abandonado para salvar cualquiera cosa del antiguo órden, hubiera encontrado ingratos en los privilegiados, á quienes hubiese servido, quedando sin poder en la nacion, en medio de dos fuerzas contrarias. Colocada entre la tenacidad del antiguo régimen, y la exaltacion del

nuevo, debió necesariamente unirse á este. Por otra parte estimulada siempre, por ideas grandes, y generosas, si alguna vez se extraviaba, era en el ensayo de nobles, y bellas teorías; y ¿habra quien se atreva á acriminarla por esto? Fuera de estas pocas ocasiones combatió los facciosos con tanto celo como á los aristócratas; mientras tres años hizo reinar la tranquilidad en Francia, y reprimió con energia los excesos, de los criminales, dando á la nacion una libertad real; solo en este periodo ha conocido, verdaderamente, la Francia la libertad de imprenta. Los aristócratas se aprovecharon de ella con furor contra el nuevo órden de cosas, y contra la asamblea misma; pero esta despreció sus libelos, y respetó, en los demas, aunque pudiesen hacerle daño, los derechos,

que habia proclamado. En fin acabó su carrera bella, por un acto admirable de moderacion, y generosidad. Pudiendo sospechar las intenciones del monarca; y dueña absoluta de su suerte, no quiso aprovecharse de la victoria, y volvió el poder á Luis XVI. Se disolvió, prohibiendo á los Franceses la reeleccion de sus miembros, resignandose á volver á la clase de simples ciudadanos, para sufrir, en ella, el efecto de las leyes, que habia sostenido, y los odios, que habia suscitado en su larga carrera, despues de la que dejaba, en su testamento, sino una constitucion perfecta, á lo menos, leyes fundadas, sobre sabios principios, y una poderosa garantia de la libertad nacional. Es verdad, que una de sus medidas, por efecto de miserables intrigas, dió motivo á un cisma, y

nuevos odios; pero la asamblea respetó los individuos, y por todas partes amenazada, con la emigracion armada, se negó á dar leyes contra los emigrados. Tal era esta reunion de hombres ilustres, que se ha considerado como un consejo incendiario!.... sean alabados, y honrados, por siempre, sus talentos, y sus virtudes!

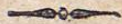
En el momento en que la asamblea concluia su obra celebre, conspiraba toda la Europa contra ella, y contra la libertad de la Francia. Las llagas de una guerra, que acababa de asolar el norte, no estaban, aun, cerradas; ni ratificado el tratado, que la Rusia, y el imperio habian concluido con la Puerta: Leopoldo no estaba, aun, bien seguro en el trono, ni habia podido restablecer la paz en sus provincias sublevadas. La

Suecia no estaba aun repuesta de las perdidas de su revolucion interior, y sus guerras. La Polonia era sublevada á pesar de la proclama de una constitucion nueva, llena de sabiduria. Sin embargo, todos los reyes de Europa se concertáron, por medio de una reconciliacion general, para detener los progresos democráticos de los Franceses. Los emigrados, llenos de confianza en sus propias fuerzas, decidieron, con su ligereza de caracter nacional, que no encontrarian obstaculos, para triunfar de las guardias nacionales que no estaban habituadas á hacer la guerra, y de tropas de linea mal organizadas; y reunieron fuerzas en el electorado de Trèves, y en Worms, ayudados por el Monsieur y el conde de Artois. Por todas partes sus emisarios solicitaron la for-

macion de una liga europea, y pedian la guerra. Se reuniéron en Pilnitz, en donde el conde de Artois se vió con Leopoldo, y Federico Guillermo, y les representó, que el espíritu democrático de los Franceses amenazaba á toda la Europa. Las declamaciones de los jacobinos, y la prision del rey, cuyas consecuencias eran exageradas en la boca de los emigrados, inspiráron el terror en el alma de estos principes, y concluyéron una convencion entre ellos, para sostener á Luis XVI; pero sus intereses particulares, importandoles mas, que lo que llamaban el interes general, se ofreciéron solamente á convidar los demas principes soberanos á unirse á ellos si los peligros continuaban; y por consiguiente la eficacia de esta liga parecia ya muy dudosa. Los principes de la casa

de Borbon conociéron, que se retardarian las hostilidades, cuanto fuese posible, y, para acelerar este movimiento, sobre el que se fundaban todas sus esperanzas, dirigieron al rey una carta enérgica, en la que le empeñaban á no sancionar la constitucion, prometiendole toda la proteccion de Europa, y asegurandole, que estaria pronto en libertad. Luis XVI, ya sea porque estuviese, entónces, movido por el deseo sencillo de unirse al pueblo frances y adoptar las principios de la revolucion, ó ya sea porque viese peligros en su negativa, aceptó la constitucion: La liga monarquica, entónces, que no buscaba sino un pretexto, para dilatar una empresa aventurera, y sin provecho, se separó, limitando sus demostraciones á algunas amenazas, y la declaracion solemne de no abandonar

al rey de Francia en el peligro, y sostener los derechos de los principes del imperio posesionados en la Alsacia. El papa publicó excomuniones contra los cismaticos franceses; y Gustavo de Suecia ofreció á los emigrados, ponerse á su cabeza; pero, con todas estas vanas demostraciones, todos se estuviéron tranquilos, dando á la Francia el tiempo de prepararse al combate, y adelantar, por un corriente mas rapido, en la carrera de las revoluciones.



CAPITULO II.

§ I. Asamblea legislativa. — Decretos sobre la emigracion; sobre los sacerdotes. — Ministerio girondino.

EL espíritu repúblicano, que dominaba desde la fuga del rey, presidió á la eleccion de diputados de la asamblea legislativa; por consiguiente se compuso de sujetos diferentes, que los de la constituyente. La opinion moderada de la mayoria de nuestra primera representacion nacional, era la menor en la segunda. Girardin, Raymond, Dumas, y Lemontey, dignos sucesores de los Lechapelier, los Thouret, y los Barnave, viéron sentarse sobre los bancos, que ocupaban, en otro tiempo á Cazalès, Maury,